

Volví á decir Enrique.

—Si, tiene vd. razon:—respondió D. Andrés— así podrá visitar su sepulcro, y elevar junto á sus cenizas una súplica por su alma.

—Pues conduzcámosle al instadte dentro del fortin.

Y Enrique, auxiliado del cadete que debió batirse, cogieron el cuerpo de Ramirez y penetraron á los pocos instantes en el reducto, seguidos del infortunado D. Andrés.

CAPITULO XXIV.

Capitulacion de la expedicion española el 11 de Setiembre.

Barradas, que habia escuchado toda la noche el nutrido fuego del fortin de la Barra, sin poder enviarle socorro ninguno por hallarse los mexicanos interpuestos, como he dicho en otro capítulo, en el camino de Tampico á la Barra, en el sitio llamado Doña Cecilia, elevó el dia 11 bandera de parlamento para continuar las negociaciones interrumpidas, y evitar así nuevo derramamiento de sangre, que en nada podia mejorar su crítica posicion.

Falto de todo auxilio y recursos, abandonado del capitan general de la Isla de Cuba, Vives, que desde un principio habia

desaprobado aquella descabellada expedición, sin poder avanzar por falta de gente, ni retirarse por haber despedido la escuadra al principio de la campaña, el general español no encontró ya otro medio de salvar las cortas reliquias de su división, que entrando en arreglos con el caudillo mexicano para evacuar Tampico y el fortín de la Barra.

Santa-Anna recibió á los comisionados D. Miguel Salomon y D. Fulgencio Salas, que llevaban ámplios poderes de Barradas para arreglar la capitulación, con la deferencia y afabilidad que siempre han distinguido á aquel jefe mexicano.

Discutido amistosamente el asunto, se extendió la capitulación en los términos siguientes.

“En el cuartel general de Pueblo Viejo de Tampico, á los once días del mes de Setiembre de 1829, reunidos los ciudadanos mayor general del ejército de operaciones, coronel D. Pedro Landero, el coronel de ingenieros, José Ignacio Ibarri, y el de igual clase del tercer batallón permanente José

Antonio Mejía, facultados por parte del Exmo. Sr. general en jefe del ejército mexicano D. Antonio López de Santa-Anna, y los señores brigadier D. José Miguel Salomon, y teniente coronel, jefe de la plana mayor, D. Fulgencio Salas, por parte del general de las tropas españolas invasoras de la República, D. Isidro Barradas, y cangeados sus poderes respectivos para acordar los capítulos á que debieron sujetarse los primeros, y garantir los segundos, conforme á las instituciones oficiales que sobre el particular han ocurrido, y convinieron.

1.^o Mañana á las nueve del día, evacuarán las fuerzas españolas el fuerte de la Barra, con sus armas y tambor batiente, para entregarlas junto con las municiones de guerra, al ejército mexicano, quedando bajo el mando del general D. Manuel Mier y Terán, segundo jefe del ejército. Dichas tropas pasarán á Tampico de Tamaulipas, junto con sus oficiales, quienes conservarán sus espadas.

2.^o A las seis de la mañana del día siguiente, toda la división española que se

halle en Tampico de Tamaulipas, marchará á las órdenes del general Terán, y entregará sus armas, banderas y municiones de guerra en los arrabales de Altamira, reteniendo los oficiales sus espadas.

3.^a El ejército y gobierno mexicano garantizan solemnemente á todos los individuos de la division invasora, sus vidas y propiedades particulares.

4.^a La division española pasará á la ciudad de Victoria, donde permanecerá hasta su embarque para la Habana.

5.^a Se concede al general español permiso para mandar uno ó dos oficiales á la Habana para conseguir los trasportes en que han de conducirse sus fuerzas á dicho puerto.

6.^a Será de cuenta del general español pagar los gastos de manutencion de su division, mientras permanezca en el país, lo mismo que los de trasporte.

7.^a Los enfermos y heridos de la division española, que no puedan marchar, se mantendrán en Tampico hasta que puedan trasladarse al hospital del ejército mexicano,

donde serán asistidos por cuenta de la division española, la que dejará los cirujanos, practicantes y soldados necesarios para cuidar de ellos.

8.^a Se proporcionará á la division española los bagajes necesarios para su marcha, que pagará dicha division al precio corriente del país, lo mismo que los víveres que se le han de suministrar.

9.^a El coronel de la division española queda encargado del cumplimiento de esta capitulacion con respecto á las tropas que se hallan en la Barra, y hará que se franquee el paso al jefe que manda en la punta llamada Doña Cecilia.

10.^a El general Mier y Terán nombrará dos oficiales para que faciliten estas operaciones con arreglo al precedente artículo.

El presente convenio queda arreglado y firmado por los infrascritos el dia y fecha arriba mencionados.—Pedro Landero.—José Ignacio Iberri.—José Antonio Mejía.—José Miguel Salomon.—Fulgencio Salas.—Ratifico la precedente capitulacion.—Auto-

nio López de Santa-Anna.—Ratifico la precedente capitulación.—Isidro Barradas.”

En virtud de este convenio, las tropas que guardaban el fortín de la Barra, salieron el día 12, á las diez de la mañana, arma á discreción y batiendo marcha hasta llegar á Altamira, donde fueron recibidos por el vecindario y la tropa mexicana, con las mas altas pruebas de deferencia y consideración.

El general Santa-Anna con suma familiaridad, manifestaba personalmente á los expedicionarios el aprecio que le merecian, y encomiando una vez, entre otras muchas, el valor de los españoles, llegó á decir á los oficiales de Barradas, estas mismas palabras: “Si yo tuviera un ejército tan bravo como vdes., me atreveria á conquistar á España.”

Los mexicanos cumplieron tan religiosamente con el tratado, que su deferencia rayaba ya en generosidad, tratando á los soldados españoles con toda la hospitalidad debida á los amigos, y proporcionándoles todos los recursos que requería su misera

y espantosa situación, aunque los mismos mexicanos tambien sufrían mucha escasez. Hé aquí cómo en pocas palabras expresa el oficial expedicionario, cuyo manuscrito conservo, la galantería de los mexicanos. “A la espera de buques de nuestra armada para volver á la Habana, dice, permanecemos un mes en el seno de aquellos habitantes, que nos trataban con la mas alta deferencia, con cariñoso respeto, con una afabilidad sin límites y con las mayores muestras de cordial hospitalidad.”

Los soldados mexicanos y españoles, lo mismo que la oficialidad, fraternizaron de tal manera, que mas parecían íntimos amigos nacidos en un mismo suelo, que hombres que pocos días antes se habían buscado en el combate para darse muerte.

Para dar una idea de esa fraternidad, que debiera ser cada día mas estrecha entre dos naciones tan íntimamente ligadas por los lazos de sangre, de idioma, de religión, de costumbres y hasta de intereses, bastará que ponga aquí uno de los brándis que, en un convite dado por los oficiales mexicanos

á los españoles, pronunció uno de aquellos, el Sr. Landero, chocando su copa con la del capitán español Burgos: "Brindo, dijo, porque donde se encuentren españoles y mexicanos, no haya brazo derecho ni izquierdo para herirse, sino que ambos sean para abrazarse."

¡Brindis filantrópico y digno de un hombre ilustrado, que honra á su autor en particular y á los mexicanos en general! A éste sucedieron de una y otra parte otros patrióticos y amistosos, siendo uno de ellos el siguiente, pronunciado por el capitán D. Manuel Iturria, sano ya de sus dos heridas: "Porque nuestros hijos gocen unidos para siempre á la sombra de una sola bandera, la bandera nacional, de la independencia que les afianzamos."

A los pocos días de la capitulación, se les repartió á los soldados capitulados algunos ejemplares de la proclama que el comandante D. Manuel de los Santos Guzman dió á su tropa en Nueva-Orleans, á donde fué arrojado por el temporal. Dice así:

"Soldados: la furia de los mares nos ha

arrojado á las playas de una nación extranjera, privándonos de ceñir nuestras sienes con el laurel de la victoria; pero la palma cívica adorna vuestras cabezas, porque serenos é impávidos habeis sufrido todos los riesgos de una espantosa muerte, probando al mundo que sois españoles, dignos de este nombre glorioso que la Europa respeta y admira.

La nación que os acoge hoy en su seno con una hospitalidad tan generosa, cuenta con vuestra subordinación, con vuestra disciplina y con vuestras virtudes, para creer que nunca llegaréis á comprometer su neutralidad: yo lo he prometido así en vuestro nombre, y este es un acto de justicia que os tributo. No hay un solo soldado de cuya conducta pueda yo desconfiar. En breve volarémos á buscar nuestros compañeros de armas: cuando ellos nos reciban en sus brazos, les dirémos: "Pues que nuestros padecimientos y la constancia con que los hemos sufrido, igualan á vuestro valor, somos dignos de vosotros;" y ellos repetirán sus abrazos, y despues vuestra sangre probará

que tan solo la inclemencia de los tiempos pudo privarnos por un corto periodo, de haber contribuido á la heroica empresa que el rey N. Sr. D. Fernando VII se ha propuesto, y en la que tenemos la envidiable gloria de ser partícipes.

Yo espero que los soldados que tengo la honra de mandar, no desconozcan ni por un momento sus deberes; pero si por desgracia hay uno tan solo que dé lugar á la menor reclamacion de una nacion amiga y generosa que nos tiende sus brazos en la desgracia que sufrimos, el castigo mas severo caerá sobre el cuello del criminal. La ínclita España jamas perdona al que intenta mancillar su nombre siempre puro, siempre respetado.

Soldados: os lo repito: sed, como hasta aquí, dignos del heroico título de españoles: corresponded á la confianza que en nosotros todos ha depositado nuestro augusto y amado monarca, y acordaos de las pruebas de una tierna afeccion que debeis á vuestro jefe, el Sr. comandante general, que dentro de pocos dias os va á cubrir de gloria en

los campos de Marte.—Torno de los Ingleses, 31 de Julio de 1829.—El comandante del 2º batallon de la corona, *Manuel de los Santos Guzman*.

Esta fuerza tambien entró en el convenio de la capitulacion, por un artículo adicional propuesto por el general español, que dice: “Si llegase á este puerto la tropa española que pertenece á la division del general Barradas, se le prevendrá siga rumbo directo para la Habana, haciéndole conocer este convenio.

“El brigadier Barradas, dice el mismo oficial á cuyo manuscrito me he referido antes, se embarcó en una goleta norte-americana para Nueva-Orleans, con objeto, segun dijo, de facilitar buques en aquel país para conducirnos á la Habana; pero esto no fué mas que un ardid para llevarse, segun despues se dijo, el dinero que habia en la caja de los cuerpos, que consistia en nuestras mensualidades de los meses de Agosto y Setiembre que ascedian á unos cuarenta y dos mil duros.” Hé aquí el por qué el ex-

presado general no volvió á presentarse en España.

Así terminó la expedición que, bajo el mando de Barradas, hijo de la ciudad de las Palmas en las Islas Canarias, pensó reconquistar el vasto país que hacia ocho años se emancipara de España.

No debió sonreírle tampoco mucho la fortuna en lo sucesivo al desgraciado general español, pues si ciertas son las noticias de algunas personas que le vieron despues, murió en Bayona de Francia en la mayor miseria!....

Esta capitulación rodeó á Santa-Anna de tal prestigio, que los mismos que habían criticado su imprudencia en empeñar un combate tan innecesario como desgraciado al fortín de la Barra, fueron despues sus mas ardientes panegiristas, y hasta se esforzaron en dar cierto tinte de triunfo al hecho de armas de Tampico y al último del reducto que antes habían desaprobado, consiguiendo así que fuera en lo sucesivo el predilecto del pueblo y que empuñase en varias ocasiones las riendas del Estado.

No sin razon ha dicho un mexicano imparcial escribiendo la biografía de Santa-Anna estas significativas palabras, que no pueden ser sospechosas á nadie, por venir de una fuente nacional.

“La suerte de este hombre es tal, dice, “que se le vuelven las derrotas triunfos; “así es que en esta campaña, la nacion mexicana, sacó ventaja de dos derrotas del “general Santa-Anna. El general Barradas, triunfante en todos los encuentros, “se decide á capitular para llevarse los caudales que su gobierno le habia dado para “su expedición, y á los restos de nuestras “tropas se rinde el general español.” (1)

Pero las palabras del escritor mexicano respecto á la fortuna que ha acompañado siempre al personaje á que se refiere, no rebajan en nada el mérito contrario por Santa-Anna en aquella memorable campaña. El con su actividad, Terán con su prudencia y prevision, los oficiales con su intrepidez, los soldados con su valor, y todos,

(1) Biografía de Santa-Anna, impresa por T. Uribe, y escrita por un mexicano. México, 1847.

en fin, con su patriotismo y desprecio al peligro, contribuyeron á dar feliz cima á la empresa que el gobierno habia encomendado al primero.

En cuanto Enrique, el hermano de Luisa, que cayó prisionero en el fortin de la Barra, volvió á verse entre sus compañeros de armas, corrió á suplicar al general Santa-Anna, que exceptuara á D. Andrés del reembarque á que estaban obligados los expedicionarios; y Santa-Anna, que queria premiar de alguna manera el valor que habia desplegado siempre aquel jóven, le concedio la gracia que pedia.

Don Andrés agradeció infinito aquel rasgo debido á la amistad, y cuando el resto de la expedicion española, se embarcaba para la Isla de Cuba, el padre de Pilar caminaba hácia México con un salvo conducto del general mexicano y en compañía del generoso Enrique, á quien Santa-Anna le enviaba á desempeñar una comision con el gobierno.

CAPITULO XXV.

Encontrarse sin buscar.

Italia tiene una Venecia; esa bellísima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores; acariciada por auras embalsamadas; cobijada por un pabellon de lucientes nubes que oscilan en un cielo purísimo y risueño; bañada por las transparentes linfas del Adriático: Inglaterra tiene á Lóndres, envuelta en las espesas brumas del anchuroso Támesis: Francia tiene á la bulliciosa Paris, ciudad de la ilustracion y de la galantería, situada á las orillas del Sena que la divide en dos partes; reina del mundo, engalanada con las joyas conquistadas á la Eüropa entera: la petimetra del orbe que